

V. Liberalismo y democracia social para el cambio

El mexicano es un pueblo totalmente plástico, increíblemente ingenioso y hábil con las manos para cualquier cosa. Nuestros ingenieros, científicos, pintores y artesanos son altamente apreciados en el mundo entero. ¡Y no se diga de un mecánico mexicano! Por su capacidad e ingenio para componer todo a base de pura intuición, inventiva, creatividad e ingenio, en cualquier parte se le paga mejor que a ninguno, menos en México. Los cirujanos mexicanos son reconocidos en todos los hospitales de Estados Unidos por su habilidad para realizar cirugías y operaciones en donde nadie se atreve.

México tiene una excelente mano de obra para hacer trabajos que en otros lados no se pueden hacer. El problema es que en su propio país, por desgracia, no cuenta con la educación ni con recursos de capital para desarrollarse plenamente y, entonces, lo suple con inventiva e ingenio para poder subsistir; ¡cuántos mexicanos, por falta de esos recursos, se ven obligados a dedicarse a labores no productivas!

El mejor ejemplo es el del mexicano laborando en el campo para cultivar el maíz: hereda de sus abuelos el primitivo sistema agrícola del arado jalado a mano o por bueyes; da vuelta a la tierra —15 o 20 centímetros en cada pasada— y lo que produce es un maíz raquítrico, con muy pocas mazorcas por hectárea, que apenas le alcanza para sostener a su familia en terribles y precarias condiciones. ¿Cómo es posible que este pobre hombre compita con un agricultor de

Nebraska, quien con un tractor con motor de 300 caballos de fuerza puede subsolar más de 50 centímetros de profundidad, dándole a la tierra un vigor inusitado que, aunado a la tecnología, fertilizantes e insecticidas, consigue producciones de miles de toneladas de maíz, en ranchos de trescientas hectáreas o más que controla sólo con la ayuda de su familia?

En cambio, si ponemos a competir a estos dos mismos agricultores en diferentes campos, en donde se requiera mucha mano de obra y paciencia, o bien, destreza, como en el caso de la horticultura, veríamos quién es el que llevaría la ventaja. Es lógico que para competir, el campesino mexicano va a necesitar elementos que únicamente se pueden obtener con respaldo de capital, y aquí es en donde llegamos al meollo del problema. Si el gobierno dejara de subsidiar al sector agrícola para cosechar maíz, este dinero —que suma casi dos mil quinientos millones de dólares— se podría dedicar, anualmente, a apoyar al campesino en aquellos problemas donde verdaderamente se le puede ayudar.

En México no hay capital suficiente para apoyar a sesenta millones de campesinos que lo necesitan para pelear y ganar la batalla por la subsistencia, eliminar todo el lastre de la incompetencia, y entrar de lleno en el camino de la competencia mundial. Tenemos los mejores boxeadores de peso ligero en el mundo porque a esos niveles somos más hábiles que los demás; lo mismo ocurre con los marchistas, maratonistas, ciclistas, alpinistas y otros deportistas profesionales. Podríamos ser los mejores del mundo si contáramos con el apoyo adecuado —bienes de capital para ponernos a trabajar—... y si nos lo propusiéramos. Las maquiladoras son un ejemplo: hay operadores mexicanos que sobrepasan con creces las cuotas de producción y calidad que rigen para ciertos productos en Taiwan, Corea, China o Japón. Estos operadores son educados y entrenados para trabajar eficientemente, y los gastos de educación y preparación corren por cuenta del patrón inversionista, quien tiene interés en que sus obreros sean eficientes.

México tiene que erogar cientos de miles de millones de dólares para sufragar los gastos de educación y de entrenamiento necesarios para producir artículos que puedan competir, con ventaja, en el mercado internacional. También debe adquirir bienes de capital, tales como maquinaria, herramientas y equipo adecuado, para que millones de campesinos produzcan algo que requiere ingenio, habilidad y destreza. Estos productos, puestos en los mercados mundiales, podrían competir en calidad y precio con lo mejor del mundo, lo que traería enormes beneficios para todos. Todo esto llenaría de orgullo al campesino u obrero, que viviría gracias a su propio esfuerzo, con toda clase de artículos en sus casas para lograr una existencia familiar cómoda y feliz; y con la tranquilidad de saber que tiene dinero de sobra para un fondo de ahorro. En lugar de entregar, por motivos políticos, subsidios o créditos que después tienen que perdonar y que originan una mentalidad de engaño, debe proporcionar educación y elementos para desarrollar la capacidad creativa de producción de bienes de exportación. Es el mismo caso del pescador que, en lugar de que se le regale un pez para calmar su hambre ese día en particular, se le enseña a pescar y se le da una red y una lancha para que se baste por sí mismo y su familia para siempre.

Hay dos maneras por las que un gobierno puede hacer llegar a las clases más humildes, al fondo de la pirámide social, lo necesario para su subsistencia: El método populista —que durante doce años se practicó en México y por poco nos lleva a la quiebra durante la decena trágica— consistente en otorgar subsidios para todo, créditos irrecuperables, en regalar maquinaria, equipo y materiales como fertilizantes e insecticidas, con motivos más políticos que patrióticos o productivos. La anécdota que describe esto a la perfección es la que se le atribuye a don Luis que cuando visitó Cuba vio los tractores rusos que duraban quince años en comparación a los de México que en dos años eran chatarra. Inmediatamente creó un fideicomiso para armar estos con tecnología rusa y al preguntar después qué es lo que pasaba pues sólo duraban un año, se le explicó que en Cuba le daban un

tractor a un cañero y le decían: “Mira chico, tienes que cuidar este tractor como si fuera tu hijo y si se descompone te mandamos veinte años a la cárcel.” En cambio en México, el comisariado ejidal le decía a su colega campesino: “Sabes, manito, a ver si tú me das las llantas nuevas y pones estas viejas y además cambias estas refacciones y pides otras al banco para reponerlas, y ahí vamos a medias en esto. Al cabo no le pagas.” A final de cuentas, los que ganan y viven bien son los líderes agrarios que, entre paréntesis, sólo servían para acarrear votantes en favor del partido ex-oficial. Como resultado, el campesino se muere de inanición porque, en la derrama, casi no le toca nada y no tiene recursos para producir eficientemente. Además, el país se endeuda por dos razones: porque todo el dinero lo invierte en la derrama económica de corte populista, y porque tiene que importar —en dólares— todos los alimentos que necesita el pueblo, ya que los campesinos, debido a su falta de productividad, no cosechan lo suficiente para toda la nación.

El otro método es el capitalista, y como el mejor ejemplo, cuando menos hasta la fecha, es el caso de Japón. En ese país, primero es el emperador, después los nobles y luego los políticos; de allí siguen los financieros, los industriales y, por último, los obreros, los campesinos y los pescadores. Como tienen poca superficie para producción agrícola, han subsistido gracias a los recursos del mar. Desde la apertura, en el siglo pasado, forzada a base de amenazas del comodoro Perry, se dieron cuenta de que la solución para sufragar los gastos de las importaciones requeridas para vivir estaba en la exportación de productos manufacturados. Esto se generalizó después de la guerra, e iniciaron la exportación de productos electrónicos y otros artículos que, a bajo precio al principio y con gran calidad después, fueron poco a poco aceptados en todo el mundo. El principio era muy sencillo pero les tomó más de treinta años realizarlo: producir artículos solicitados en todo el mundo, como automóviles, televisores, grabadores, videos, cámaras, etcétera; y hacerlas de tan buena calidad y bajo precio que ningún otro país del mundo pueda competir con

ellos. Por no tener producción en el campo debido a su limitada extensión territorial, se acostumbraron a vivir del mar y se convirtieron en eficientes pescadores; además, para no importar sus alimentos, se las ingeniaron para abrir lugares adicionales para la pesca. Observaron que en los arrecifes había las condiciones propicias para el desarrollo y auge de la industria pesquera y crearon inmensos arrecifes artificiales, utilizando las llantas que ya no se podían reciclar, con lo cual aumentaron su producción pesquera en 4.5 millones de toneladas —casi 3 veces la de México— sólo por este concepto.

El aumento en las exportaciones de productos manufacturados y la disminución en las importaciones de alimentos les produjo tantos miles de millones de dólares que el emperador, los políticos y los industriales se volvieron los más ricos del mundo en sólo treinta años; van a llegar a tener tanto, que van a tener que repartir entre empleados, obreros, campesinos y pescadores, debido a la inflación generada y a la distribución de la riqueza. Estos últimos van a recibir no sólo tanto dinero, sino también los mismos artículos que producen y que les dará una gran comodidad y felicidad en el hogar. Sin darse cuenta, terminarán viviendo con tantas comodidades como sus patrones, que según Marx, eran sus explotadores.

Este es el único camino para México, y si lo hicieron los japoneses, con mayor seguridad lo podemos hacer los mexicanos ya que tenemos una ventaja que ellos no tienen: recursos naturales (y de llantas viejas ni se diga, que hasta nos damos el lujo de quemarlas en las fiestas patrias o en año nuevo, contaminando aún más la ciudad de México y otras más, en provincia). Además, contamos con una enorme ventaja: tenemos a nuestro lado los mercados más grandes del mundo, el de Estados Unidos y el de Canadá. Por eso ahora debemos decir aquella famosa frase, pero al revés: "Qué maravilloso país es México que, teniendo tan cerca a Estados Unidos, cada vez está más lejos de Dios y de la Iglesia". Aprovechemos esta ventaja y eliminemos de nuestra mente cualquier idea de venganza que nada produce.